

AVISO A LOS NAVEGANTES.

¿La inocencia violada? de François Datchet

De las primeras cosas que uno cae en la cuenta al atravesar este pequeño y contundente trabajo de François Datchet¹ es que, desde el psicoanálisis, Herbert Graf ha sido sistemáticamente ignorado en tanto que artista: poco o nada se ha dicho sobre su larga y exitosa trayectoria como “regisseur”. Su “caso” ha sido recogido desde otras perspectivas, pero Graf nunca ha sido interrogado en su vertiente creativa. Es más, es casi como si el pequeño Herbert nunca hubiera crecido o se hubiera eternizado llamándose Hans. Sin embargo creció, inventó un oficio hasta entonces inexistente en las puestas en escena operísticas, escribió lo necesario y suficiente acerca de esos menesteres, envejeció y hasta se tomó la libertad de morir. Es como si el psicoanálisis le hubiera enseñado a ser y eternizarse como niño y –

desde su lugar de creador- no tuviera nada que enseñarnos. Como si el único interés ante su “caso” fuera encuadrar y recuadrar los orígenes de la fobia infantil o las posibles “resoluciones” del Edipo y sus impases, y sobre todo, hacerlo permanecer puertas adentro de la casa. Curioso trato que pone al descubierto el trabajo de Datchet. Ese es –a mi entender- uno de sus méritos decisivos.

Una primer entrada ya nos plantea una pregunta: ¿cuál es nuestra relación con los casos de Freud?, ¿cuál es nuestra relación con aquellos heroicos casos del psicoanálisis? Se trataría de una forma de dar la palabra, hacer lugar incluso al sonido y los ruidos, incluso al silencio, o bien, de ceder a la tentación psicopatologizadora o pedagógica; como dice Susana Bercovich en el prólogo de la edición en español: “*recepción de la obra versus psicopatología*”.² Es decir, que se trata de atenerse a la instancia de la letra y a los planteos transferenciales o a una vertiente perseguida tenazmente por las coordenadas edípicas, incluso explicativas, incluso pedagógicas. Se trata de posicionarse ante un caso como una fabricación necesaria a partir de sus puntos de dificultad transferencial o como una manera de transmitir enseñanzas para bien orientarse en la terapéutica y no aventurarse en aguas desconocidas. Mismo razonamiento valdría, se me ocurre ahora, para las llamadas supervisiones o controles.

La riqueza del caso denominado “de una neurosis infantil”, es lo que nos plantea François Datchet, está en la instancia de la letra y en la manera en que Freud puso en juego la transferencia –lo que pone sobre la mesa la cuestión del método, incluso del

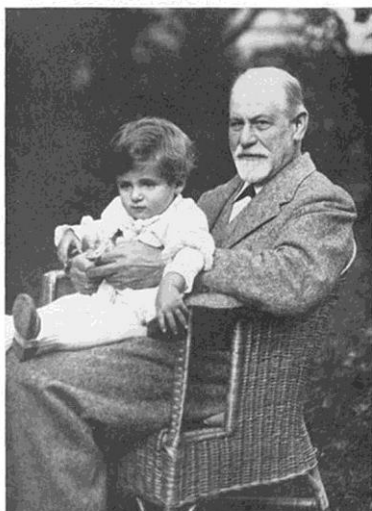


¹ François Datchet, *¿La inocencia violada? Sobre el caso Hans de Freud*, el cuenco de plata, Bs. As., 2013

² F. Datchet, op. cit., pág. 13.

estilo- y no en las explicaciones sobre el origen, evolución, resolución y pronóstico de la fobia, incluso, cierto pronóstico de vida del pequeño cuando devenga adulto.³

Dachet plantea tres tipos de abordaje que, a su vez, traerán distintos estilos de presentaciones del caso de Freud: a) una freudiana que servirá de allí en adelante como modelo para los análisis con niños; b) una freudo-lacanianiana que surge de la lectura –



Sigmund Freud y Herbert Graf en. 1905
(dominio público)

renovadora en su momento, por cierto- que hace Lacan del texto de Freud en su seminario de los años 1956/57; c) una lacanianiana, surgida del giro de Lacan en 1975, sobre a todo a partir de la conferencia en Ginebra sobre el síntoma⁴. Esto plantea ciertos desafíos, sobre todo si tenemos en cuenta que en los años 1956-57, Lacan intentaba hacer resonar de otra manera la palabra de Freud entre sus alumnos –era la época del llamado “retorno a Freud”. Tal intento renovador no evitó, como ocurre (¿siempre?) que la novedad de Lacan fuera reabsorbida y desde ese punto de partida hubiera un retorno, esta vez psicopatologizante e incluso educativo, un lastre del cual el psicoanálisis rara vez puede desasirse: lo está esperando cada vez a la vuelta de la esquina.

Un eje de lectura será sostener la separación entre Herbert Graf y el pequeño Hans y además no dejar pasar de largo que el psicoanálisis se ha abrazado a una consistencia del complejo de Edipo y que el pequeño Hans es el héroe oculto en toda la trama novelística de *Tótem y tabú*. Porque Freud aclara que con este caso no había aprendido nada nuevo⁵, se trataba entonces de demostrar con un caso la corrección de la teoría, embarcando al pequeño Hans en un circuito que produce una y otra vez referencias psicopatológicas y, en consecuencia, tironea de todas las situaciones donde se presenten fobias infantiles –digamos por empezar, de prácticamente todos los niños- y empujan a sacar de la galera toda una galería de conceptos que superabundan en los informes –incluidos los “lacanianos”, por supuesto⁶- dirigidos a padres, profesionales e instituciones.

Dachet pone en claro ciertas ausencias en el texto de Freud, a modo de ejemplo, lo dice en forma muy graciosa, “*Hans y su papá en sus paseos dominicales nunca se cruzan con la menor semicorchea*”.⁷ Lo interesante del chiste es que pone de relieve todo un

³ La lectura lacanianiana en el seminario sobre “Las relaciones de objeto” no deja de deslizarse por este sesgo –la famosa “elección de objeto”- que en un principio fascina, luego interroga, finalmente desconcierta y hasta produce rechazo. El libro de Dachet, guarda un prudente silencio al respecto.

⁴ Jacques Lacan, *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma en Intervenciones y textos 2*, Manantial, Bs.As., 1988.

⁵ Tal parece que algunos datos sobre los niños les habían sido aportados por su esposa Martha y su cuñada Minna Bernays.

⁶ Sobre este punto han ocurrido hechos de cierta notoriedad en la República Argentina.

⁷ F. Dachet, op. cit. pág. 29.

costado omitido: la Viena de principios de siglo, una ciudad musical, el sitio donde en ese mismo momento se estaba cambiando el rumbo de la música occidental. Lo mismo que Freud hacía inventando el psicoanálisis otros lo hacían reinventando la música.⁸ También destaca el papel que en todo eso jugaba Max Graf, el padre de Herbert, que no era exactamente alguien subordinado a Freud, más bien se trataba de un animador de las reuniones de los miércoles que jugaba su propio juego: seguía al Profesor en algunos caminos –que usaba para su propio beneficio- y proporcionaba insumos a los noveles psicoanalistas para acercarse al arte de la música. Dentro de toda esa música que giraba alrededor del pequeño Herbert Graf, también estaba la cantinela del psicoanálisis, que era tema corriente entre sus mayores⁹. Y todos esos nombres –los nuevos términos que comenzaban a circular y también los del Profesor y sus discípulos, que aun no eran célebres- estaban en el aire y en las orejas. Se podría achacar esta ausencia a la consabida sordera de Freud para la música¹⁰ –lo que a veces lo lleva a teorizar en forma exagerada-, sin embargo hay un costado que Dachet señala muy bien: si Viena era una ciudad musical, todo lo que se recuesta del lado de la ciudad, los paseos, el zoológico, las excursiones de padre e hijo a la casa de la abuela¹¹, hacen al lazo social, mientras que la fobia, la madre, el padre, el niño y su hermanita quedan circunscriptos a lo que pasa en la familia y –de alguna manera- se corre el riesgo de que lo familiar borre lo social y también lo contrario, disolverse en lo social para obviar que, en ocasiones, hay cosas que se juegan fuertemente desde lo familiar. ¿Cuál solución? Aplicarse al caso.

Y está el título del libro, del cual no se ha dicho nada. Convengamos que es un título fuerte. Se hace necesario agregar la aclaración de que es un escrito sobre el caso Hans de Freud. Esa era la gran pregunta para Freud, si se había violado la inocencia del pequeño Herbert al hablarle de esas cosas que, tal parece, él escuchaba a diario en su casa y no eran exactamente temas secretos u ocultos. La respuesta de Freud es contundente:

La publicación de este primer análisis realizado en un niño había provocado un escándalo grande, y una indignación mayor; le profetizaron al pobre joven una gran desgracia por haberlo «despojado de su inocencia» a edad tan tierna y convertido en víctima de un psicoanálisis.

Ninguno de esos temores se cumplió. El pequeño Hans lucía su brillante juventud de 19 años. Aseveró hallarse totalmente bien y no padecer de males ni inhibiciones. No sólo había pasado sin daño la pubertad, sino que había superado

⁸ A comienzos del siglo XX y comandados por Arnold Schönberg la llamada “Trinidad Vienesa” (el propio Schönberg y sus alumnos más destacados, Alban Berg y Anton Webern), comienzan a experimentar con la atonalidad y el dodecafonismo, dando origen a la estética expresionista que influirá a toda la música mal denominada “cultura” de occidente a lo largo del siglo pasado.

⁹ Tal vez Olga, la madre, hablara abiertamente de su análisis con Freud, especula Dachet.

¹⁰ En su momento le confesará a Fliess –mientras redactaba *La interpretación de los sueños*- “En las proporciones de sonido quedé atascado, siempre me resultaron enojosas porque sobre ellas me faltan los conocimientos más elementales gracias a la atrofia de mis sensaciones acústicas” (Sigmund Freud, *Cartas a Wilhelm Fliess*, Amorrortu, Bs. As., 2008, pág. 356)

¹¹ Dachet destacará que las visitas tenían por motivo acompañar a la madre en la larga agonía del padre de Max Graf. Se podrá aventurar que no eran los mejores momentos ni para él ni para su madre. Es el tiempo en que aparece la fobia de Herbert. Cuando Herbert Graf, a los diecinueve años, visita a Freud y éste le hace leer el historial clínico, todo le resulta ajeno, no se reconoce. Apenas un atisbo cuando aparecen los viajes con su padre a Gmunden.

una de las más difíciles pruebas para su vida afectiva. Sus padres se habían divorciado, y cada uno de ellos concertó un nuevo matrimonio. En consecuencia, él vivía solo, pero se mantenía en buenos términos con ambos progenitores, lamentando únicamente que la disolución de la familia lo hubiera separado de su querida hermanita.¹²

Herbert no fue despojado de su inocencia ni convertido en una víctima. Curiosamente – casi cien años después- y las más de las veces abrigados por la terminología, el diagnóstico, el pronóstico y las directivas pretendidamente psicoanalíticas, los niños son convertidos en víctimas potenciales de los mayores, incluso de las novedosas figuras del monstruo que construyen nuestros discursos. El psicoanálisis confunde su lugar y vira hacia la protección y la educación, indica que la infancia es la patología y está amenazada y confunde familiar con infantil. En ese movimiento –atosigado por los ideales de los adultos- la subjetividad de los niños se disuelve en aras de proteger su presunta inocencia. Finalmente, con las mejores intenciones –esas que constituyen el empedrado del infierno- todos pierden su lugar. Sobre esto, el libro de Dachet es una contundente luz de alarma y esa no es una virtud menor, dar un aviso a los navegantes.

Dos anotaciones finales, casi al margen: cuando en 1922 Herbert Graf decide estudiar tres carreras independientes que posteriormente aunará, dando origen a un oficio hasta entonces inexistente, sus colegas le dirán que se trata de una “tontería”. No tengo la palabra en alemán, pero ¿será acaso la misma que cuando pequeño usó para nombrar a su fobia, “tontería”? La otra: me puse a revisar papeles y a hurgar en mi biblioteca. ¡Por fin lo encontré! Un pequeño suplemento de *l'unebêvue* del verano de 1993: *Mémoires d'un homme invisible* de Herbert Graf. En la primera página se lee el mismo título y el mismo autor y más abajo *Traduction et présentation de François Dachet*. Mil novecientos noventa y tres, hace 21 años. ¡Cuando uno está mordido...!

Gustavo Castellano
Córdoba-Montevideo, invierno de 2014

¹² S. Freud, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)*, Obras Completas, T-X, Amorrortu Editores, Bs. As., 1978-85, pág. 118.